

Prospecto

Autor

Toda obra literaria —toda obra artística— tiene un autor, un creador que la sitúa con voluntad y firmeza dentro del canon literario y artístico en la larga serie en la que la obra se integra y a la que acoge —o contra la que se constituye, más bien—, que en este caso soy yo. ¿Pero quién es este yo? ¿Quién es ese yo? ¿Es, acaso, el narrador que cuenta la historia? Me temo que error sería confundir a uno y otro, como muy bien saben los buenos lectores.

Será legítimo que te preguntes por el narrador de la historia, de nuestra historia —ya que también es tuya, porque tú la construyes o la reconstruyes a tu manera mientras la lees y la haces tuya—: ¿Quién es el narrador —ese yo emisor que narra la historia—?

Narrador que narra desde el yo, pero que nunca nos dice ni nos permite saber su nombre —o puede que sí—, que ni siquiera nos precisa su trabajo o puesto, o su mera apariencia física, y solo nos aporta algunos datos sueltos, que ayudan a configurarlo como personaje, pero que no nos permiten llegar a identificarlo de manera fehaciente.

¿El yo narrador de la novela es simplemente una máscara tras la que esconderse? ¿O es acaso la perspectiva heterogénea de todas las cosas y sucedidos, que conoce la historia desde el final y nos va guiando, a la vez que secuencía el relato —manteniendo y dosificando la intriga y la peripecia, anticipándonos unas veces o mencionando otros elementos y sucesos que se van a integrar progresivamente en la estructura del relato, o recordándonos otros hechos y acontecimientos ya habidos, que a veces cobran nuevo valor o diferente significado a la luz de nuevos datos—?

El narrador actúa, así, en diversas ocasiones como remembranza de la historia que ha sucedido —analepsis— o como anticipo de lo que ha de venir —prolepsis—, a la vez que secuencía hechos, dosifica acontecimientos y los valora o plantea cuestiones sobre lo sucedido o sobre el porvenir.

Y desde otra perspectiva: En la obra se menciona en más de una ocasión a Fernán Gonzalo. Y parece que es a él a quien se ha de adscribir y se adscribe la autoría de la obra —o así aparece en la portada de *Sinfonía de Praga*, aunque bien es verdad que entre corchetes, como llevado a la fuerza por la justicia [*Corchete* es, según la sexta acepción que recoge el DRAE: *Ministro inferior de justicia encargado de prender a los delincuentes*; aunque, afortunadamente, señala que es una palabra desusada].

¿Y quién es ese tal [Fernán Gonzalo]? A lo mejor si le sigues la pista a *Fernán* y a *Gonzalo* algo llegas a descubrir, aunque poco.

La novela que hemos escrito aparece así sin autor que salga a acompañarla por los caminos —cuanto más por los senderos y andurriales que deberá transitar y en los que, solitaria, tendrá que sobrevivir— o acuda a socorrerla —por más que no sea viuda— de las múltiples asechanzas y peripecias que, sin duda, habrá de correr. Novela dejada interrogativamente al albur de los lectores o receptores, como alma en pena, como perro sin dueño, sin un caballero andante que endereze tuertos, desfaga agravios, enmiende yerros, la defienda de las insidias o la ampare —por más que no sea doncella—, aunque perfectamente complementada, a la vez que abierta, no terminada e inconclusa. [Para saber más, véase [Complémentum \(Manifiesto\). Taller. 1.2 Narrador e historia \(Novela\)](#)]